

## LA CEREMONIA DE LAS CENIZAS

Por: Héctor Ceballos Garibay

A la familia Carrillo-Ruiz.

El domingo 27 de julio amaneció nublado en Uruapan; unos cuantos destellos solares aclaraban a lo lejos el horizonte sur de la ciudad. Había llovido a raudales la noche anterior y por ello me preocupaba que las tormentas, habituales en esta época del año, estropearan la excursión que amigos y familiares haríamos rumbo al volcán Parícutín. Teníamos una sola dolorosa e inusitada encomienda: esparcir las cenizas de Rafael precisamente en el cráter de esa bella montaña rocosa que él tanto amaba y a la cual conocía y reconocía como si fuera su segundo hogar.

Había que cumplir la última voluntad de Rafa Carrillo (el inolvidable “Chaz”), ese era el mejor tributo de amistad y afecto que le podíamos brindar a la hora de su muerte, tan súbita y trágica, cuando apenas contaba con 31 años de edad. La petición de Rafael en cuanto al modo y el lugar de su última morada no me sorprendió en absoluto. Al contrario, me parecía lógico y hasta lúcido su deseo – expuesto a su esposa Deby en varias ocasiones– de que sus restos mortales quedaran en el Parícutín, mezclados simbióticamente con los elementos primigenios del hábitat, formando parte indisoluble de ese entorno sublime donde se armonizan la arena volcánica, los arbustos silvestres, los humos emanados del subsuelo y la bellísima lava que luego de enfriarse quedó ahí con sus colores grisáceos y sus formas caprichosas, tal como si hubiera sido labrada artísticamente por la diosa Deméter. Y sí, en vez de quedar sepultado debajo de una loza gélida o enclaustrado en una cripta marmórea de alguna Iglesia, Rafa quería y tenía que permanecer en libertad, como polvo grácil y etéreo que transita con el viento de un lugar a otro a fin de poder reintegrarse a la prodigiosa naturaleza.

Mientras preparaba en casa la indumentaria adecuada para la excursión campirana, recordé otros dos casos de esparcimiento de cenizas que igualmente se alejaron de las consabidas tradiciones religiosas cristianas: el de mi amiga Araceli Ibarra, quien dispuso que sus cenizas fueran espolvoreadas en el lago de Zirahuén, voluntad cumplida fiel y amorosamente por su viudo; y el del periodista Antonio Vargas Macdonald, cuyos restos mortales fueron dispersados por sus familiares en el río Cupatitzio, justo en el Gólgota, uno de los rincones más acogedores del Parque Nacional de Uruapan. En esta ocasión, la experiencia de despedir a Rafa en una ceremonia íntima, rodeado por sus seres queridos, mediante un ritual inusual y con ribetes paganos, y el cual presuponía un esfuerzo considerable de los excursionistas

(algunos de ellos no tenían la condición física requerida) en pos de subir la empinada cuesta del volcán, todo ello además de estremecerme en lo más hondo también me produjo la certeza de que en esa mañana dominguera ocurriría un acontecimiento intensamente emotivo e irrepetible.

El punto de reunión fue la gasolinera de Jicalán, a las ocho de la mañana. De ahí partimos en procesión, repartidos en camionetas, rumbo a San Juan Nuevo, desde donde tomamos la brecha que cruza los bosques que circundan el Parícutín. El objetivo era llegar con los automóviles lo más cerca posible de las faldas del volcán, para luego seguir a pie hasta el campamento instalado por los scouts desde el sábado por la tarde. Todos, amigos y familiares, arribamos a tiempo. Ahí, sorprendidos y expectantes, nos percatamos del creciente número de excursionistas que deseaban participar en esta última jornada luctuosa en honor a Rafael: sus alumnos de Diseño Gráfico, los compañeros del círculo de Francés, los colegas de la universidad Don Vasco, los camaradas del equipo ciclista, los integrantes del club de buceo, los fieles amigos que llegaron provenientes de Guadalajara y Morelia, y la familia en pleno. Éramos alrededor de sesenta personas. Luego de saludarnos, entre risas y sollozos, nos apretujamos en las camionetas y salimos en dirección a la serranía.

Al atravesar los bosques de pinos y encinos, reverdecidos por la intensa lluvia veraniega, medité sobre esa pasión indómita de Rafael: el excursionismo. Nada era máspreciado, ninguna situación le entusiasmaba tanto como acampar en las cumbres más altas de la región: superar los obstáculos, fatigar los músculos, retarse a sí mismo, llegar primero que los otros, oler la humedad de la tierra, divisar el firmamento saturado de estrellas y, sobre todo, convivir y compartir con sus entrañables compañeros scouts: contar nuevos chistes, hilvanar una canción tras otra, burlarse del prójimo, inventar travesuras ingeniosas, cenar fuerte a la luz del fuego, y finalmente dormir plácidamente, jubilosos, a la espera del alba que tiende su manto refulgente con el nuevo día. Yo, que soy sedentario y “ratón de biblioteca”, siempre apegado al rutinario confort de la vida urbana, comencé entonces a intuir la riqueza enorme de ese mundo que tanto encantaba a Rafael; y sentí envidia de sus muchos encuentros y reencuentros con la naturaleza, de su manera gozosa de apropiarse de la belleza originaria que nos rodea. Y también entendí su coraje ante el creciente e imparable ecocidio del planeta.

Cerca de Pantzingo, donde aún se encuentran los restos de la cabaña que le sirvió de refugio al Dr. Atl cuando hizo sus interesantes pinturas y estudios vulcanológicos del Parícutín, nos esperaba Tito, el jefe de los scouts, quien nos guió hasta el punto donde dejamos las camionetas y comenzamos la larga caminata hasta el campamento. Un tanto demorados y con la fatiga visible en los rostros, arribamos por fin a la airosa explanada. Ahí nos aguardaban ya los eternos compañeros de Rafa, los excursionistas de toda la vida, quienes desde el día anterior habían trasladado las cenizas del “Chaz” y las habían puesto

debajo de su tienda de campaña, junto a su ropa, sus botas y sus otros utensilios de excursión. Nos recibieron con emoción y calidez. Al preguntarles acerca de cómo habían pasado la noche, uno de ellos relató: “Seguimos la rutina de siempre. La urna funeraria estuvo con nosotros durante la caminata por el bosque, todos queríamos cargar a Rafa. Ya de regreso, pusimos las cenizas en el centro, prendimos la fogata a un costado y cenamos. Luego de la comilona nocturna, contamos chistes, hicimos juegos, cantamos las canciones favoritas de Rafa, lloramos un poco y enseguida, ya tarde, nos dormimos. La lluvia nos despertó al amanecer”.

Al dejar el campamento atrás, ya sumábamos 75 personas (incluidos varios niños) y un perro. Por fortuna y contra todos los pronósticos, nunca apareció la temible lluvia. La tierra, no obstante, se conservaba húmeda y ello facilitó el ascenso por el sendero de arena. Yo, siguiendo los pasos de algunos excursionistas, preferí cortar camino y subir por la parte pedregosa del volcán. En los interludios de descanso, respiraba profundo y me solazaba admirando el paisaje de la cordillera tarasca: las colinas grises a lo lejos, las nubes con sus infinitas circunvoluciones, el verdor intenso de los pinos, la lava multiforme a mis pies y la fresca de un viento que parecía limpiar todas las penas de este mundo. ¡Ah, Rafael, cuánta razón tuviste al amar estos parajes!

El arribo de todos los expedicionarios a la cúspide del volcán demoró un par de horas. La mayoría alcanzó la meta a través del camino serpenteante de arena, siguiendo las huellas de la avanzada de scouts que marchaban vigilantes y protectores haciéndole guardia a Fernando, quien portaba la urna funeraria en su espalda y ascendía estoica y fatigosamente, orgulloso de cumplir sin desmayos la voluntad final de su hermano Rafael. Con aplausos y chiflidos recibimos a los últimos y exhaustos caminantes. Enseguida comenzó la ceremonia de las cenizas, preparada con meticulosidad por los scouts. La urna de madera yacía en el suelo, sobre diminutas piedras que apenas si disimulaban el intenso calor proveniente de las entrañas del volcán. En torno de las cenizas hicimos dos grandes círculos, entrelazándonos con las manos y en actitud fervorosa. Tito tomó la palabra y recordó, con la voz entrecortada, las virtudes de Rafa. Siguió la Oración de los scouts que repetimos al pie de la letra: “Dadme Señor un corazón vigilante...un corazón noble que ningún afecto indigno rebaje, un corazón fuerte que ninguna pasión esclavice...”. Al terminar las estrofas, se hizo un silencio sólo perturbado por las ráfagas del viento. Vinieron los discursos fúnebres, las remembranzas laudatorias, la triste despedida que, convertida en ritual, nos fraternizaba a todos los ahí presentes. Luego, a manera de símbolo de identidad y comunión humanas, entonamos la “Canción de la fogata”. Para concluir la ceremonia, la madre de Rafa cogió un puñado del polvo grisáceo y lo dejó caer hacia el fondo del cráter. Llorando, musitó una frase postrera que me congeló el alma: “Adiós Rafita”. Otros amigos y

familiares repetimos el mismo acto: coger las cenizas y espolvorearlas en distintos lugares del volcán, cada quien con su dolor a cuestas.

Descender el Parícutín se convirtió en un delicioso festín: uno baja en tan sólo 5 o 10 minutos, brincando o dejándose resbalar por la pendiente de arena suelta que se encuentra a un costado del volcán. La emoción que suscitó tan vertiginosa bajada incrementó la catarsis que nos dejó la ceremonia de las cenizas: una curación del espíritu, un buen inicio del necesario duelo, un aprender a manejar la tristeza y a convertirla en agradable recuerdo del ser ausente. En efecto, fue notable que durante la travesía de regreso al campamento predominaron las risas y las sabrosas anécdotas entre los grupos dispersos de excursionistas. El alivio jocoso de nuestros estados de ánimo compaginaba espléndidamente con el comienzo límpido de la atardecida. Un succulento refrigerio nos esperaba en las tiendas de campaña.

El 20 de julio Rafael cayó accidentalmente de una araucaria gigantesca cuyas raíces fastidiaban la banqueta exterior de su casa. Se golpeó en la cabeza y tuvo muerte cerebral instantánea; su corazón tardó unas horas más en dejar de latir. Dos días antes, una tromba había derribado cuantiosos cedros y provocado múltiples destrozos en la ciudad. Intrépido y quizá con demasiada confianza en sí mismo, supuso que podía desgajar el árbol y quitarle así la peligrosidad que representaba para su hogar. No murió en ninguna de las cumbres que escaló, ni se ahogó en alguna de las inmersiones que realizó en mares y ríos. Falleció a las afueras de su propia casa. Provechosas lecciones podrán colegirse de su carácter valiente y aventurero, de su amor a la naturaleza y su pasión por el volcán Parícutín, ese ámbito paradisíaco que tanto disfrutó en vida y del cual ahora forma parte consustancial y eterna.

Sés Jarhání, a 16 de agosto del 2003, Uruapan, Mich.